



Nueva economía y nueva política

Jesús Arango
Profesor de Economía Aplicada.
Universidad de Oviedo.

El termino Nueva Economía hace referencia a cosas muy diferentes, permitidme que comience con una frase, no de un radical, ni de un socialista, sino del que fue economista jefe del Banco Mundial hasta hace algunos meses, Joseph Stiglitz. Probablemente no llegue a ser Premio Nóbel, pese a ser uno de los mejores economistas actuales, porque se atrevió a escribir, cuando salió del Banco Mundial un largo artículo sobre la información privilegiada y su visión sobre la crisis mundial de 1.998. En dicho artículo Stiglitz escribe, entre otras cosas, esta frase tan esclarecedora:

"Desde el final de la guerra fría, la gente encargada de difundir el evangelio del mercado por los rincones más remotos del planeta, ha adquirido un poder tremendo. Estos economistas, burócratas y funcionarios actúan en nombre de los Estados Unidos y de los demás países industrializados, pero hablan un

idioma que muy pocos ciudadanos entienden y que pocos políticos se molestan en traducir".

Economía Política versus Análisis Económico: el lenguaje persuasivo

Cabe señalar que llevamos años sin darnos cuenta, que por otras vías distintas de los sistemas democráticos de elección política, la labor de ese conjunto de personas a las que hace referencia Stiglitz están logrando convencer a la opinión pública de que el voto de los mercados es más importante que el de los ciudadanos.

Son economistas que hablan una jerga que el común de los mortales no entiende y que los políticos tampoco se dedican a aclarar. Tomando este asunto como punto de partida, voy a intentar comentar algunas cuestiones relacionadas con la economía actual, intentando no utilizar la jerga habitual de la profesión con la pretensión de que ustedes puedan comprobar que a veces la economía es mucho más accesible de lo que se piensa.

Lo primero que hay que hacer es plantear a todo economista cual es su posición sobre la ciencia que practica. En este sentido, hay varios tipos de economistas, pero que pueden resumirse en dos grandes grupos. Por un lado, están los que se declaran técnicos, expertos o independientes -según el ámbito en que se encuentren-, que creen que la economía es una ciencia exacta.

Por otro, estarían aquellos economistas que consideran que la economía es una ciencia social y que se debe hablar bastante más de Economía Política en el sentido que la entendían los economistas clásicos. Algunos pensamos que no hay una economía como ciencia objetiva, dado que en este campo son inevitables los juicios de valor.

Por tanto, deberíamos ser honrados intelectualmente y tratar de explicitar siempre nuestros juicios de valor sobre los supuestos fundamentales de nuestra ciencia. De ahí, que se deba tener

precaución con aquellos economistas que se dicen expertos y que pretenden que lo que dicen sean verdades similares a las que encontramos en las matemáticas o en la física. Normalmente, se trata de economistas que tienen juicios de valor que no aclaran. Ya Carlos Marx nos advertía de ello al hablar del lenguaje persuasivo de los libros. En ese sentido, hay que tener mucho cuidado con el lenguaje persuasivo de la llamada Nueva Economía.

Significado de la Nueva Economía

Y ¿qué significa Nueva Economía?. Sobre esta cuestión -y sobre otras muchas- los economistas tienen opiniones bastante encontradas. Con ello me viene a la memoria aquella aseveración que dice que si se reúne en una habitación a doce economistas es casi seguro que acabará habiendo doce opiniones, y serán trece si uno de ellos es John Maynard Keynes. Bromas aparte, y por sintetizar -aunque los matices siempre son importantes-, se está llamando Nueva Economía al círculo virtuoso de crecimiento que se está produciendo en los Estados Unidos a lo largo de la década de los noventa.

La economía norteamericana lleva 113 meses de crecimiento ininterrumpido, con tasas de aumento del Producto Interior Bruto (PIB) -en los últimos cuatro años- superiores al 4%, bajas tasas de inflación -por debajo del 2%-, y altas tasas de creación de empleo, habiendo alcanzado prácticamente el pleno empleo en estos momentos. Desde el punto de vista de la economía clásica esto parecía imposible de que se pudiera producir en periodos largos de tiempo. Por eso se está hablando tanto de la Nueva Economía.

¿Tiene algo que ver este proceso con un cierto modelo económico y político?. Ahí aparece la controversia. A este respecto, la década prodigiosa que están viviendo los Estados Unidos ¿se puede considerar realmente como un cambio tecnológico, al que se han añadido otros cambios de carácter institucional y político?, o bien, nos encontramos ante la coincidencia de un conjunto de circunstancias especiales, algunas de las cuales son de carácter meramente temporal. La respuesta a estas

cuestiones es bastante diferente según se trate de unos economistas u otros. Algunas opiniones aducen que durante todos estos años los Estados Unidos han disfrutado de importaciones baratas, precios del petróleo bajos, etc. Incluso se discute si el mérito es de Ronald Reagan o de Bill Clinton, desde el punto de vista de que el primero bajó los impuestos y el segundo se aprovechó de esa herencia.

Sobre esto siempre habrá discusión. En cualquier caso, más allá de esas cuestiones, la pregunta fundamental sobre la Nueva Economía es la siguiente: ¿esa situación se va a prolongar en el futuro?. Comienzan a existir posiciones radicales a favor o en contra. El problema está en saber si este tipo de crecimiento tuvo precedentes en la historia y si se va a prolongar a largo plazo.

En los años sesenta, después de la Segunda Guerra Mundial, la economía europea y la americana disfrutaron de un ciclo -casi tan largo como el actual-, que duró 103 meses. Por lo tanto, este asunto no es un tema tan nuevo y, en definitiva, la pregunta es si se puede concluir -tal como opinan algunos radicales, apóstoles de la Nueva Economía- que los ciclos económicos, tal como los hemos conocido en el pasado, han desaparecido.

La opinión -que comparto- de economistas como Paul Krugman parece que no va en esa dirección tan contundente. Probablemente en los próximos años nos volveremos a enfrentar a una nueva crisis, que parece podría estar comenzando en estos momentos en Europa como consecuencia de la fuerte elevación de los precios del petróleo. Hay que recordar que en enero del 1.999 el barril de petróleo costaba 11 dólares, mientras que en la actualidad su precio está por encima de los 33 dólares. Por otra parte, el euro ha caído con respecto al dólar hasta el 75% con respecto al tipo de cambio existente en enero de 1.999.

Esto quiere decir que para las economías europeas se ha multiplicado por cuatro el precio del petróleo en menos de dos años. Indudablemente, esto está generando un fuerte shock en

la economía internacional y en la europea en particular, especialmente en aquellos países cuyos abastecimientos energéticos dependen fundamentalmente del petróleo.

Y, la crisis, si finalmente se produce, puede llegar a ser mucho más intensa que la que se produjo en los años setenta y ochenta, puesto que actualmente una gran parte de las familias, especialmente las americanas, pero también las europeas y las españolas en particular, han canalizado, en unos casos, su ahorro y en otros su capacidad de endeudamiento, hacia los mercados de capitales.

En estos momentos, una crisis financiera mundial afectará a las familias y no sólo a los profesionales de la bolsa.

Si la burbuja financiera finalmente explota nos puede llevar de la noche a la mañana desde el famoso y reiterado "España va bien" al "España, ¿dónde estás?", ya que una crisis financiera mundial afectará a las familias y no sólo a los profesionales de la bolsa.

Antecedentes de la expansión actual de la economía norteamericana

Hay que recordar que lo que se ha venido en llamar la Nueva Economía de los Estados Unidos no surge de un día para otro. No deberíamos olvidar que como consecuencia de la crisis del petróleo de la segunda mitad de los años setenta, tuvo lugar un ajuste muy intenso en la industria estadounidense, lo que supuso el abandono de aquellas actividades industriales que no eran capaces de soportar la competencia internacional. Consecuencia de este proceso, actualmente el 73% de la actividad económica de los Estados Unidos procede del sector servicios. Se trata de ramas de servicios que exportan una parte significativa de su actividad al resto del mundo, tales como servicios financieros, sociedades de auditoría, firmas de calificación financiera, etc.

Así pues, la economía estadounidense está beneficiándose de las ganancias de productividad que se derivan de la aplicación en gran escala de las nuevas tecnologías de la información y las telecomunicaciones a la actividad de los servicios.

Otro aspecto a considerar es que desde el año 1.991, con la disolución de la Unión Soviética, desaparece la guerra fría y como consecuencia de ello el gasto militar del presupuesto norteamericano -que acaparaba un elevado volumen de recursos- se ha visto reducido de forma drástica, con lo que el ahorro de fondos ha servido para reducir el déficit público -en estos momentos los Estados Unidos tiene superávit presupuestario- y para liberar recursos hacia otros sectores de la economía americana. En paralelo con este proceso, la economía de los Estados Unidos ha disfrutado de precios de petróleo especialmente favorables y de importaciones baratas de otros países.

Por todo ello, creo que no se puede trasladar de forma mimética lo que le está ocurriendo a la economía de los Estados Unidos al ámbito de la Unión Europea. Quizás todos estamos influenciados por la intensa rapidez con que se está produciendo el cambio tecnológico y nos olvidamos que la precedente revolución industrial generó procesos nacionales bastante diferentes en el tiempo y en el espacio.

Las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones

Para hacernos una idea de los diferentes ritmos que presenta el cambio tecnológico y la actividad económica en los diferentes momentos de la historia, deberíamos recordar que el nivel de vida que tenían los romanos no se alcanzó -después de esa larga noche que fue la Edad Media-, hasta la época de Napoleón.

Por hacer una referencia personal, mi edad coincide -más o menos- con la que tiene la informática. En el año 1.947 se pone en marcha el primer gran ordenador, que precisaba para su funcionamiento grandes espacios con aire acondicionado y una multitud de operarios con batas blancas. Este cerebro electró-



nico hacía operaciones que iban poco más allá de las cuatro reglas que aprendíamos también los niños en aquel país con derecho todavía a cartilla de racionamiento. Casi tres décadas después, en 1.975, mientras Franco moría en la cama y algunos ya teníamos descendencia, se inventaba el ordenador personal en un garaje norteamericano. Medio siglo más tarde de la fabricación del primer ordenador, es decir, en el momento actual, el desarrollo de la informática y de las telecomunicaciones me permite trabajar y conectarme con el resto del mundo desde la aldea en que nací.

¿Nueva era económica o quinta onda de Kondratief?

Estamos asistiendo a un ritmo de aceleración creciente del cambio tecnológico, quizás sin precedentes en la historia de la humanidad y ello nos lleva a la discusión de si vamos hacia una nueva era económica, diferente a la llamada revolución industrial, o bien estamos entrando en nueva fase de aquella, conocida en la terminología de ciclos largos como la quinta onda de Kondratief. En las primeras décadas del siglo XX, este economista ruso afirmaba que los cambios tecnológicos presentaban una cierta regularidad y que se podía hablar de unas ondas largas de crecimiento, cuya duración Kondratief cifraba en torno a los cincuenta y cinco años.

En cada onda larga siempre existe una industria o un grupo de industrias que son las impulsoras del crecimiento económico y que a mitad de la duración de cada onda comienzan presentar síntomas de agotamiento, dando paso a la aparición de las nuevas industrias emergentes. La actual cuarta onda de Kondratief está fechada entre los años 1947-2002 y coincidiría, entre otras, con la irrupción de las nuevas tecnologías de la información y de las telecomunicaciones. Sin embargo, algunos economistas opinan que el intenso cambio tecnológico que estamos viviendo no se puede considerar como la entrada en la quinta onda de Kondratief, sino más bien como la transición hacia una nueva era económica en la que experimentaremos cambios muy importantes en la forma de producir, vivir y relacionarnos con los demás.



económicas el cambio tecnológico está permitiendo que la digitalización pase a ser un componente central. La producción de dígitos resulta mucho más barata que la producción analógica, no se deteriora y se puede transportar de forma rápida alrededor del mundo a costes reducidos.

Ahora cualquiera de nosotros -y sobre todo nuestros hijos-, con un ordenador de prestaciones normales coge un CD, lo graba y lo puede distribuir entre sus amigos con un coste unitario que no supera las 200 pesetas. El coste de reproducir una página de un libro digital es unas doscientas veces inferior al de hacer una fotocopia. Por tanto, estamos asistiendo a un cambio fundamental en la relación entre los costes de producción y los precios de los bienes y los servicios.

Deberíamos hacer un alto en el camino y volver la vista hacia los economistas clásicos para recordar que cuando cambian los modos de producción -o en palabras de Karl Marx, las relaciones de producción-, acabarán cambiando las superestructuras, es decir, el marco legal, las relaciones sociales y las instituciones políticas. Son cuestiones a las que deberíamos dedicar mucho más tiempo de reflexión si se quiere ofrecer -tanto en los campos de la economía como en los de la política- algún tipo de respuestas distintas a las que de forma machacona se nos reiteran desde el campo de lo que ha venido en llamarse pensamiento único.

Desregulación y globalización

Cuando se habla de globalización debería tenerse claro que este proceso está siendo posible como consecuencia fundamentalmente de un intenso cambio tecnológico. La globalización difícilmente se hubiera producido si previamente no hubiera existido un avance tecnológico sin precedentes en las telecomunicaciones y en la informática.

La globalización se expande porque, primero, los mercados de capitales y ahora el comercio de bienes y servicios, se basan cada vez más en ese avance tecnológico y mantienen un mercado continuo que se va extendiendo a lo largo y ancho del pla-



neta en la medida en la que extienden las redes de telecomunicaciones. En definitiva, el proceso de mundialización de la economía es posible en tanto en cuanto existe una tecnología que lo permite, no por una mera decisión política. La tecnología es primero, mientras que la decisión política de impedir cualquier obstáculo a los movimiento internacionales de los factores de producción es posterior.

Organización de la producción

Los mercados de capitales constituyeron la primera fase, mientras que en la actualidad -con los avances en las redes de telecomunicaciones- nos estamos adentrando en una nueva etapa, cuyas consecuencias sociales pueden ser mucho más preocupantes, nos estamos refiriendo al proceso creciente de globalización de los mercados de trabajo. En estos momentos resulta tan barato transportar el trabajo hecho por seres humanos en cualquier parte del mundo, que una parte creciente de la actividad económica se está deslocalizando de sus emplazamientos tradicionales.

Por solo citar algunas ejemplos, las fichas de la gran biblioteca pública de París se han digitalizado en Filipinas; la compañía suiza Swissair tiene su central de reservas de billetes en Singapur, o por referirnos a un caso más cercano, desde hace tiempo algunos conventos de clausura realizan tareas de grabación para la banca española. Si este proceso de flujo de trabajo a través de las redes no se regula de alguna forma, podemos asistir en los próximos años a niveles de explotación mucho mayores de los conocidos hasta ahora.

Teletrabajo

Por otra parte, estas nuevas tecnologías nos está permitiendo replantearnos algunas cosas que afectan a nuestra manera de trabajar y de vivir. La revolución industrial sacó a las personas de sus casas. A lo largo de bastantes siglos la gente vivía miserablemente en las aldeas, no tenía salarios y esperaba con incertidumbre los magros frutos de la cosecha. La revolución industrial los llevó a las ciudades y a un modo diferente de trabajo en

las empresas y los talleres. La revolución digital está propiciando el que la gente se pueda plantear una vuelta a sus casas. La vía es el teletrabajo, fenómeno que se está vendiendo como algo muy positivo y que, no obstante, tiene también su sentido negativo. El teletrabajo contiene elementos de cambios fundamentales en todo lo referente al marco de las relaciones laborales. Se pasa de tener un salario más o menos fijo, un contrato laboral y un lugar de trabajo en las instalaciones de la empresa, a la traslación de la asunción de gran parte de los riesgos por el propio trabajador.

El teletrabajo convierte al trabajador en una molécula de producción que asume gran parte de los costes del centro de trabajo

El trabajador se convierte en una molécula de producción que asume gran parte de los costes del centro de trabajo al utilizar dependencias de su propio hogar y se autorregula tanto su horario de trabajo como las condiciones de salud y seguridad en las que se desarrolla el mismo. En definitiva, el trabajador pasa a convertirse en un coste variable para la empresa, dejando de ser un coste fijo como ha venido siendo habitual hasta ahora. Por otra parte, la gran revolución de Margaret Thatcher fue cambiar las leyes laborales inglesas -que eran la referencia para muchos países europeos- y convertir el contrato laboral en un contrato mercantil, que es mucho más flexible. En el teletrabajo, esta flexibilidad será mucho mayor.

El teletrabajo es una de las múltiples fórmulas que están llevando a cabo las empresas para externalizar riesgos y, en definitiva, ser solamente ensambladores de procesos de producción que desarrollan otras personas.

De la producción en masa a la producción a medida

También estamos dejando atrás el concepto de producción en masa que caracterizó a la revolución industrial. El éxito de las grandes corporaciones era producir mucho más cada año y convencer a los ciudadanos de comprar ese producto. De esa forma los costes unitarios se reducían como consecuencia del



mayor nivel de producción alcanzado. En la actualidad, las nuevas tecnologías están permitiendo volver a la producción a medida, lo que supone poder comprar en la red desde pantalones vaqueros con nuestras medidas hasta productos financieros adaptados a nuestras preferencias personales.

Del fordismo a la flexibilidad y la polivalencia

En definitiva, el avance tecnológico está generando cambios cualitativos que a su vez están produciendo modificaciones substanciales en los modelos de producción. Estamos avanzando hacia estructuras de producción menos jerarquizadas. Las estructuras fordistas o taylorianas tenían su base en las estructuras de mando-control, que eran relativamente complejas y que precisaban de la existencia de un volumen importante de mandos intermedios.

El trabajador se especializaba haciendo tareas elementales dentro de organización muy complejas, mientras que ahora el modelo de producción se basa cada vez más en lo que se ha venido en llamar la empresa flexible y que se caracteriza por la polivalencia de sus trabajadores y en la que apenas existen mandos intermedios. Este tipo de empresas se estructuran en núcleos reducidos de personas que trabajan en equipo y que están interconectados a través de redes.

Todo ello significa que habrá cambios fundamentales en las relaciones internas de las empresas, cambios en el papel de los sindicatos y de los trabajadores. En definitiva, modificaciones substanciales en los diferentes campos que componen las relaciones laborales.

Los mercados de trabajo globales: flujo continuo y cibertrabajadores

Como comentábamos antes, el trabajo en grupo es otra de las características de esta nueva etapa de la actividad económica. La gente trabaja en grupo de forma dispersa a lo largo y ancho del planeta, pues ya no hay inconvenientes técnicos para ello al poder contar con rápidas redes de telecomunicaciones en las



que la información viaja a la velocidad de la luz. Se pueden establecer empresas o grupos de trabajo en diferentes partes del mundo. ¿Qué tipo de empresas son éstas?, ¿son nacionales o multinacionales?, ¿qué domicilio jurídico tienen?, ¿qué carácter tienen los pagos que se realizan entre las distintas secciones de una misma empresa localizadas en diferentes países? Ante esta situación, hay que plantearse hasta qué punto nos servirán los procedimientos tradicionales para elaborar las estadísticas nacionales que nos permitían seguir la evolución de la actividad económica.

Así pues, va a resultar mucho más difícil poder acotar la marcha de la economía de cada país, ya que los resultados de sus empresas van a ser poco significativos, puesto que al desaparecer las fronteras económicas, puede ocurrir que una parte importante de su actividad se desarrolle en zonas alejadas del país en cuestión.

En los próximos años tendremos que conocer muy bien las diferentes zonas horarias del mundo para poder ajustar la actividad de nuestras empresas en una economía que se caracterizará por el flujo continuo de actividad. A este respecto, en el mundo hay tres zonas horarias fundamentales: América, Este de Asia y Australia y Europa. En esas tres zonas van a existir empresas de servicios que tendrán un flujo continuo de actividad. Estas empresas intentarán explotar a los trabajadores, aprovechando al máximo las diferencias horarias, lo que les permitirá, por ejemplo, poder ahorrarse el plus de nocturnidad en muchos casos, pues el coste de transportar el trabajo por la red resulta comparativamente mucho más barato. No habrá inconveniente en que el trabajo lo haga otra persona en otro punto del mundo, donde en ese momento es de día y transportarlo después por la red.

En el proceso de intenso y rápido cambio tecnológico que estamos viviendo, se nos presentan otros aspectos que merecen destacarse. Así, el capital se ha vuelto de verdad internacional, mientras que los movimientos sindicales y políticos se siguen contemplando todavía desde una perspectiva nacional, e incluso en algunas ocasiones ni siquiera el marco estatal constituye



la referencia. Por tanto, si en los próximos años no se producen movimientos hacia el internacionalismo sindical y la cooperación de los sindicatos de los países avanzados con los de los países en vías de desarrollo, las respuestas progresistas a la nueva situación que plantea la globalización serán muy limitadas y, en todo caso, de carácter marcadamente insolidario. Este es un asunto sobre el que deberíamos reflexionar mucho más.

Un tema sobre el que se hablará bastante en los próximos años es el de los extranjeros virtuales. Si bien hasta ahora era el capital el factor de producción que presentaba un mayor grado de movilidad al trasladarse fácilmente de un sitio a otro del mundo, las nuevas tecnologías de la información y las telecomunicaciones empiezan a permitir que se muevan virtualmente los servicios que prestan los trabajadores, lo que hace que estemos entrando en la era de los cibertrabajadores o de los trabajadores extranjeros virtuales.

Por ejemplo, en China es posible contratar a un titulado superior, formado con recursos chinos, por unos 12.000 dólares anuales, sintiéndose el trabajador relativamente bien pagado con respecto a los salarios que podría obtener en el mercado de trabajo chino. Además, con ese salario en dólares, el titulado chino podrá comprar bienes y servicios, viviendo en China, al coste de vida chino, que es mucho más barato que el norteamericano. Sin embargo, para poder contratar un titulado de características similares en los Estados Unidos es necesario pagar unos 30.000 dólares al año.

Esta diferencia tan importante de costes salariales está impulsando a que algunas empresas norteamericanas que trabajan en el campo de las tecnologías de la información estén contratando cada vez más a trabajadores que residen en países en vías de desarrollo.

El ejemplo más claro es el de una región del sur de la India donde en estos momentos se concentra el 20% de la producción mundial de programas de ordenador. El transporte por redes de telecomunicaciones del trabajo de esa gente a los Estados Unidos resulta muy barato. Por tanto, en un futuro pró-



ximo es muy probable que asistamos a una caída de los salarios de los países avanzados y a ligeras subidas de los salarios de los países en vías de desarrollo. En definitiva, parece que - en un futuro inmediato- la tendencia será una caída de los salarios de aquellos trabajadores cuyos servicios se puedan transportar por la red.

El comportamiento de la productividad

Una de las discusiones más importantes acerca de la Nueva Economía norteamericana se centra en el comportamiento que está teniendo la productividad, es decir cual ha sido el ritmo de crecimiento de esta variable tan fundamental para la marcha de la economía de un país.

Algunos economistas opinan que no estamos ante un crecimiento espectacular de la productividad, sino más bien ante los efectos de un cambio en las estadísticas económicas de los Estados Unidos, que se ha producido a mitad de la década de los años noventa.

Al margen de estas discusiones doctrinales, en nuestro país deberíamos ser capaces de poner en marcha de forma urgente una discusión seria y pro-

funda sobre el concepto de productividad y los temas relacionados con ella, como pueden ser la manera de medirla y las formulas de negociación de cómo distribuir sus incrementos. Este asunto debería constituir uno de los elementos centrales de las negociaciones colectivas y del dialogo social de los próximos años. No hay que olvidar que los países nórdicos desde los años sesenta han puesto en marcha institutos dedicados al estudio de los diferentes aspectos relacionados con la productividad y en los que participan los agentes sociales.

En economía una de las variables más difíciles de medir adecuadamente es la productividad. Y si no se puede medir este concepto tan fundamental para el crecimiento económico, difícilmente se podrá discutir sensatamente cómo se reparte.



En economía una de las variables más difíciles de medir adecuadamente es la productividad. Y si no se puede medir este concepto tan fundamental para el crecimiento económico, difícilmente se podrá discutir sensatamente cómo se reparte, pues la falta de información acabará favoreciendo la posición de los empresarios y aumentará la mala prensa que tienen los aumentos salariales. En los Estados Unidos existe desde hace algún tiempo una discusión sobre este asunto y aquí la habrá en los próximos años. A este respecto, cabe recordar que si bien los economistas contamos con instrumentos estadísticos para medir la productividad en la industria, no sabemos casi nada de lo que ocurre con la productividad en la mayoría de las ramas los servicios. Y son precisamente los servicios los que están protagonizando el crecimiento de los países más desarrollados del mundo.

La actividad continua y la libertad de horarios

En este contexto, otro asunto -que en estos momentos está de plena actualidad en nuestro país- es la conveniencia o no de la regulación de los horarios comerciales. En mi opinión oponerse a un proceso de creciente libertad en los horarios comerciales es como poner puertas al campo. Cada vez resulta más fácil comprar en Internet la última novedad en libros sobre economía que adaptarse a los horarios de las librerías de nuestra ciudad y en las que, además, es posible que tales novedades tarden bastante más en llegar. En mi opinión la libertad de horarios es algo positivo para la mayoría de los ciudadanos y todos los esfuerzos que se hagan para oponerse a ello a larga resultarán inútiles. Otra cosa bien distinta son los ritmos que haya que establecer para su aplicación plena.

El comercio electrónico

Dicho lo anterior, el comercio electrónico supone la eliminación de una parte importante de los márgenes comerciales, lo que beneficiará sobremanera a los consumidores. A menudo nos olvidamos que desde que un producto sale de una fábrica y llega al consumidor hay muchas paradas intermedias en la distribución que van aumentando el precio que finalmente se paga



por ese bien. Así por ejemplo, el calzado y los muebles son productos que se caracterizaban por tener elevados márgenes en el comercio tradicional, parte de los cuales han desaparecido como consecuencia de las importantes transformaciones que han experimentado las estructuras comerciales a lo largo de los últimos décadas.

Sin embargo, a pesar de las importantes ventajas potenciales que caracterizan al comercio electrónico, esta vía de distribución presenta algunos efectos negativos como son los relacionados con el problema de la seguridad en los pagos y en las garantías de calidad para el consumidor.

A pesar de todo ello, estoy convencido que el desarrollo del comercio electrónico van a significar el ser o no ser del cambio tecnológico. En el momento en el que el comercio electrónico predomine en los canales de distribución, muchas actividades de intermediación saltarán por los aires y el cambio hacia la Nueva Economía será mucho más visible. Y para este proceso hay que estar preparado, no servirá de nada jugar a la contra porque el resto del mundo nos llevará por delante.

La privacidad de los datos personales

La espectacular reducción que han experimentado los costes de procesamiento de la información y su distribución por la red está permitiendo que ciertas empresas que han disfrutado de una situación de monopolio en los grandes servicios públicos (principalmente, las telefónicas y las empresas eléctricas) dispongan en estos momentos de importantes bases de datos sobre sus clientes -que en definitiva somos todos- que les permiten gozar de ventajas de salida en los negocios en red.

Por poner un ejemplo, nos debería escandalizar que Telefónica pueda realizar pingües negocios en bolsa -como ha sido la creación de la filial TPI- sobre la base fundamentalmente de la información que le hemos tenido que facilitar para poder tener un teléfono. Sin embargo, hechos como este no son objeto de debate de ningún tipo. Cuestiones como la que acabamos de comentar deberían hacernos pensar que en un futuro cualquier

información que damos al realizar nuestra compras con tarjeta de crédito, o cuando hacemos una solicitud a la administración, supone la cesión gratuita de nuestro perfil como consumidor y se puede acabar utilizando comercialmente sin nuestro consentimiento. Eso va en contra de nuestra privacidad. Habrá que discutir bastante más sobre nuestro derecho a la privacidad.

Los costes y la nueva valoración de los bienes

Cuando allá por los años sesenta comencé mis estudios de Economía en la Facultad de Ciencias Económicas de Bilbao, los manuales que manejaba se referían a los bienes libres como aquellos que eran abundantes y que, por lo tanto, su disfrute era gratuito, frente a los bienes económicos que, por el contrario, eran escasos y tenían precio. Como ejemplo de bienes libres se citaban el aire y el agua. Precisamente el carácter gratuito de estos bienes es una de las causas de que el proceso de crecimiento económico haya deteriorado de forma importante las disponibilidades de estos bienes, hasta tal punto que actualmente ambos tipos de recursos naturales han pasado a la categoría de bienes económicos.

Además, el aire ha pasado a ser un bien económico por otras razones ya que a través de este medio se transmite una gran parte de la información que recibimos: emisiones de radio, televisión, conexiones de satélite, teléfonos móviles y trunking. De

ahí la necesidad creciente de que haya que regular algo que se ha vuelto tan escaso como es el ancho de banda. Y en la medida en la que las comunicaciones traspasan las fronteras nacionales, la tendencia es que cada vez más dicha regulación se realice desde la perspectiva comunitaria: las propuestas de la Comisión europea sobre la utilización del

.....
 Cuando hablamos de Nueva Economía deberíamos ser capaces de lograr introducir también una nueva valoración de los costes de producción, que abarcasen a ciertos aspectos que hasta ahora no ha sido computados por las empresas como costes internos.



espectro radioeléctrico son una muestra de lo que acabamos de comentar. Así pues, éstas y otras cuestiones de naturaleza similar deberían hacernos cambiar nuestros esquemas y mecanismos de valoración económicos.

Llegados a este punto, conviene detenernos -aunque sea brevemente- en una cuestión mencionada anteriormente. Cuando hablamos de Nueva Economía deberíamos ser capaces de lograr introducir también una nueva valoración de los costes de producción, que abarcasen a ciertos aspectos que hasta ahora no ha sido computados por las empresas como costes internos. Nos estamos refiriendo a las agresiones al medio ambiente que realizan muchas empresas y que tradicionalmente vienen siendo reparados a costa de los impuestos de los contribuyentes, cuando deberían ser las propias empresas contaminadoras las que se deberían encargar de frente a las mismas.

Algo similar ocurre con los accidentes laborales -en el mundo todos los años fallece un millón de personas como consecuencia de los accidentes de trabajo- o con las enfermedades profesionales, cuyos verdaderos costes desconocemos en gran parte. En definitiva, se trata asimismo de elementos constitutivos de los costes de producción que habría que valorar al igual que ocurre con el resto de los costes privados. Por cierto, para ello tendríamos que ser capaces de responder a cuestiones tales como: ¿cuál es el coste de una vida humana?.

Productividad, empleo y distribución de la renta

Como nos señala Paul Krugman, en economía los asuntos importantes -es decir, las cuestiones que afectan al nivel de vida de un gran número de personas- son la productividad, la distribución de la renta y el desempleo. Si el comportamiento de estas tres variables es satisfactorio, no hay gran cosa más que pueda ir mal, mientras que si no lo es, nada puede ir bien. Quizás para muchos de ustedes esta lista les pueda parecer demasiado corta. Se podrán preguntar: ¿qué ocurre con la inflación o con la competitividad internacional?, ¿y con la situación de los mercados financieros o el déficit público?. La respuesta que nos ofrece Paul Krugman -y que yo comparto- es que estos

problemas pertenecen a otra categoría económica, principalmente porque sólo guardan una relación indirecta con el nivel de bienestar de los ciudadanos de un país.

Sin embargo, a pesar de la aplastante invasión de información económica a la que asistimos en estos últimos años, sabemos relativamente poco acerca de la evolución y el comportamiento de estas tres variables fundamentales de la economía. Comenzando por el desempleo, en estos momentos tenemos una tasa de paro en España que, si bien está bajando, sigue siendo relativamente alta en relación con la que exhiben otros países europeos. No obstante, esta elevada tasa de desempleo convive con la existencia de un número significativo de puestos de trabajo vacantes en ciertas profesiones.

Este es un fenómeno que se está produciendo en todo el ámbito de la Unión Europea, puesto que, a pesar de tener problemas de paro importantes, se estima que en la Unión Europea existe actualmente un millón de puestos de trabajo vacantes en determinadas cualificaciones profesionales, especialmente en las relacionadas con las nuevas tecnologías de la información y de las telecomunicaciones.

Así pues, no podemos quedarnos solo en el análisis de los problemas derivados de la falta de empleos desde una perspectiva cuantitativa, hay que profundizar en lo qué está ocurriendo con las nuevas necesidades y perfiles de cualificación profesional que constituyen un factor clave para la implantación y el desarrollo de la Nueva Economía, o de la Sociedad de la Información si se prefiere utilizar el concepto que manejan las instituciones comunitarias para referirse a este tipo de cuestiones.

Sobre la distribución de la renta, ¿quiénes de nosotros conocen los resultados alcanzados en España?, ¿y su evolución a lo largo del tiempo para poder valorar en términos sociales los resultados del proceso de crecimiento económico?. Si no tenemos datos acerca de esta cuestión fundamental para medir la equidad del sistema económico, cada cual acaba haciendo sus propias valoraciones que obedecen más a posiciones ideológi-



cas previas que a un verdadero análisis económico. Sin embargo, a pesar de la escasez de información sobre la distribución de la renta en España -lo que, por otra parte, no es privativo de nuestro país- hay algunas pistas que nos deben preocupar: parece que en España los trabajadores son la clase más rica del país, pues de acuerdo con las declaraciones del Impuesto sobre la Renta de las Personas Físicas, aproximadamente el 84% de los impuestos directos recaudados en España proceden de aquellos que su principal fuente de ingresos proviene de un salario. De lo que se podría concluir que el resto de los ciudadanos -empresarios, banqueros y profesionales liberales-, son todos bastante pobres, a pesar de que habitualmente los veamos viajar lujosos automóviles e intuyamos que en realidad disfrutaban de elevados niveles de ingresos.

Ese no debería ser un tema menor o marginal en los análisis económicos y en las discusiones políticas. Habría que volver a reivindicar -aunque por el camino hayamos asistido a hechos incalificables desde un punto de vista ético-, la lucha contra todo tipo de fraude fiscal. Desde la perspectiva de la distribución de la renta, la sociedad española sigue siendo bastante injusta si la comparamos con los resultados redistributivos alcanzados en otros países de la Unión Europea.

El objetivo de una más justa distribución de la renta debería seguir siendo una de nuestras principales aspiraciones como ciudadanos de izquierdas y, sin embargo, es algo que hemos ido dejando por el camino. Entre unos y otros nos han ido convenciendo de que el objetivo más importante de una economía es la creación de empleo y el derecho al trabajo. Frente a esta posición, y ante un mundo en continuo avance tecnológico, quizás deberíamos reivindicar también el derecho a la pereza, al ocio y al disfrute placentero de la vida, recordando las propuestas que nos hacía al final de los años sesenta, Herbert Marcuse en su obra *Eros y Civilización*.

La disminución de la cantidad de prestaciones de trabajo obligatorio necesarias para poder vivir con dignidad debería constituir asimismo una cuestión a tener presente en nuestras reivindicaciones. Deberíamos intentar cambiar la carga de la prue-

Un partido de izquierdas que tenga ambición de poder, pasión política y aspire a luchar verdaderamente por los derechos de los ciudadanos más débiles, debería tener la valentía de proponer el desarrollo de una regulación que garantice la transparencia y la veracidad de los medios de comunicación.

ba y que sean otros grupos o clases sociales los que tengan que demostrar que no son ellos los culpables cuando la mayoría de los ciudadanos pretenden aspirar a que los frutos del crecimiento económico sirvan para alcanzar tales objetivos. Por tanto, deberíamos seguir luchando por el derecho a una más

justa distribución de la riqueza. Sin embargo, para ello tenemos que conocer y tener presente la información que nos permita compararnos con otras realidades económicas.

Con respecto a esta cuestión -y, en general, con la conformación de la opinión pública sobre cualquier tema-, permitidme un inciso. A lo largo de estos últimos años, en nuestro país hemos asistido a un proceso de creciente influencia de los medios de comunicación en la formación de la opinión pública-el llamado cuarto poder y que en realidad cada vez más está siendo el primero- sin que la actividad desarrollada por los mismos se haya visto compensada por un contrapoder democrático.

Un partido de izquierdas que tenga ambición de poder, pasión política y aspire a luchar verdaderamente por los derechos de los ciudadanos más débiles, debería tener la valentía -aunque ello sirva para que no te pongan en primera página, ni salgas en los telediarios-, de proponer el desarrollo de una regulación que garantice la transparencia y la veracidad de los medios de comunicación, conformando un control democrático similar al que tienen los otros poderes clásicos: parlamentario, judicial y ejecutivo.

¿Alguien ha visto una crítica en los periódicos a una corporación como El Corte Inglés?, ¿Alguien conoce alguna valoración acerca de los importantes consumos de recursos públicos que



realizan las compañías eléctricas al desarrollar sus actividades?. En general, ¿cuántas de las grandes corporaciones que gastan cantidades ingentes en las diferentes modalidades de publicidad, son objeto de críticas en los medios de comunicación?. Quizás, si estuviéramos en Estados Unidos, país capitalista donde los haya, no se permitiría, por ejemplo, que compañías como Telefónica -que han disfrutado durante muchos años de una posición de monopolio- tengan su propio grupo de medios de comunicación y concentren tan elevado poder sobre los mercados en los que actúa. Sin unas verdaderas reglas de juego y un Tribunal de la Competencia que realmente funcione, difícilmente se puede garantizar la libertad económica y la competencia en los diferentes mercados. Esas cosas hay que decir las claramente. Hoy en España el poder mediático es en realidad el primer poder, mientras que la importancia de los otros poderes clásicos está disminuyendo a favor de aquél.

Volviendo al tema de la distribución de la renta, desde que nos hemos incorporado a la Unión Europea se ha ido generando una situación en el campo español que resulta cuando menos preocupante y que podríamos calificar como bastante injusta. A lo largo de estos últimos años, se canalizan hacia España aproximadamente unos 900.000 millones de pesetas anuales como consecuencia de la aplicación de la Política Agraria Común (PAC), cifra que significa, más o menos, el doble de lo que se recibe a través del Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER).

Lo que desconoce la mayoría de los ciudadanos es que, por ejemplo, y recurriendo a un personaje conocido como es la duquesa de Alba, es probable que ingrese todos los años más de 1.000 millones de pesetas en concepto de subvenciones a través de las diferentes explotaciones agrarias que dicha familia posee a lo largo y ancho del país. Y este no es un caso aislado, existen muchos otros empresarios, banqueros y grandes propietarios que reciben por esta vía importantes cantidades de fondos públicos sin el menor coste político.

Con respecto a este tema, resulta cuando menos curioso la fuerte oposición que llegó a existir -especialmente alentada

desde ciertos medios de comunicación- como consecuencia de la concesión del denominado subsidio agrario a los jornaleros andaluces y extremeños. Hay que recordar que se trata de aquel subsidio que para muchos era el pago del voto cautivo y que parece haber desaparecido desde que la derecha gobierna en este país.

Ejemplos como el de los pagos de la Política Agraria Común y sus efectos sobre la equidad y la eficiencia deberían ser objeto de análisis y discusiones mucho más intensas y profundas, ya que constituyen temas importantes para la distribución de la renta, o más exactamente para una mala distribución de la renta y que, sin embargo, no son conocidos por la opinión pública. Por cierto, todos deberíamos saber que la principal beneficiaria de la Política Agraria Común es la reina de Inglaterra, lo que no debería de extrañarnos en la medida en que dicha soberana posee la mayor cantidad de tierras de la Unión Europea.

El problema de la productividad y los salarios

Volviendo al tema de la productividad, resulta cada vez más habitual oír opiniones de políticos, de responsables de bancos centrales y de ciertos economistas que nos recuerdan machaconamente que cualquier subida de los salarios conduce a una pérdida de competitividad y a tensiones inflacionistas. Sin embargo, esto dicho sin más matizaciones no es cierto.

Para afirmar que la evolución al alza de los salarios es la culpable de los males de la economía habría que ofrecer algunos datos adicionales. En primer lugar, deberíamos ser capaces de medir la productividad por hora trabajada y no por persona ocupada. En segundo lugar, también se debería conocer la evolución del coste laboral por hora trabajada. El manejo de estas informaciones nos permitiría conocer que el coste laboral por hora más alto de la Unión Europea, según cifras oficiales de Eurostat, se localiza en los países nórdicos (Suecia, Finlandia y Dinamarca).

Si utilizásemos el argumento exclusivamente salarial como hacen algunos, deberíamos colegir que aquellos países que tie-

nen salarios-hora más altos deberían ser menos competitivos que países como España, en donde los costes laborales son de los más bajos de la Unión Europea. A poco que se conozca la realidad económica comunitaria, esta conclusión parece totalmente incoherente. La explicación de esta aparente contradicción está una vez más en el comportamiento de la productividad. No hay que analizar por separado la evolución de los costes laborales y de la productividad, sino que el concepto relevante es el comportamiento del valor que resulta de dividir el coste laboral por hora y la cantidad de producto que se obtiene en una hora de trabajo.

Si utilizásemos el argumento exclusivamente salarial como hacen algunos, deberíamos colegir que aquellos países que tienen salarios-hora más altos deberían ser menos competitivos que países como España, en donde los costes laborales son de los más bajos de la Unión Europea.

A dicho cociente se le conoce como Coste Laborales Unitario (CLU). Sin embargo, y al igual como ocurría con la distribución de la renta, los CLU, a pesar de que constituyen una de las variables más importantes para calificar la evolución de la actividad económica de un país, existen muy pocas estadísticas oficiales que registren adecuadamente su evolución temporal y sectorial. El concepto de CLU permite explicar porqué ciertos países, a pesar de tener salarios relativamente altos, pueden competir en los mercados internacionales debido a que el efecto de los elevados costes laborales es compensado con una alta la productividad.

No obstante, deberíamos hacer hincapié en el hecho de que en las economías modernas cada vez más la mejora de la productividad depende de una adecuada organización de la producción, teniendo ello bastante más influencia las capacidades empresariales que el esfuerzo físico de los trabajadores.

Por tanto, en todo programa político que pretenda mejorar el bienestar de las ciudadanos debe figurar claramente el objetivo

del crecimiento de la productividad. Solamente después de que se logre dicho objetivo se podrá discutir cómo se reparten los beneficios derivados del aumento de la productividad. Básicamente las alternativas se reducen a discutir si todas o parte de las ganancias obtenidas de las mejoras de productividad deben ir a un aumento de los salarios, o bien se debe destinar una fracción de las mismas a crear empleo, o bien dichas las ganancias deben servir para reducir la jornada laboral, o bien deben destinarse principalmente a retribuir los beneficios del capital invertido.

Si existe crecimiento de la productividad se abre la posibilidad de negociar acuerdos o transacciones para sus distribución, tanto en forma de grandes pactos sociales de carácter nacional o regional, o bien a través de la vía de los convenios colectivos de sector o de empresa. De ahí la importancia de conocer y calcular adecuadamente la productividad para evitar el cometer errores a la hora de su reparto que se acaban pagando con pérdidas de competitividad, lo que, en definitiva, se acaba traduciendo en una reducción del bienestar de los ciudadanos

La reducción de la jornada laboral

El concepto de productividad también es clave para poder plantearse reducciones en la jornada laboral. Como nos recordaba en las páginas del New York Times -allá por el año 1.979- el insigne economista Wassily Leontief la semana de trabajo media en la industria pasó de las 67 horas de 1.830 a las 42 horas en la mitad de la década de los años cuarenta, permaneciendo bastante estabilizada desde entonces. A este respecto, cabe señalar que los países comunitarios con mayores jornadas medias, como es el caso de España, Portugal y Grecia no son los que presentan mejores resultados productivos, mientras que, por el contrario, un país como Holanda, con una jornada semanal media de 33 horas, es el país de la Unión Europea con mayor productividad por ocupado, situándose en niveles muy similares a los de Estados Unidos.

Por tanto, aquellas posiciones que mantienen que cualquier reducción de jornada, que no vaya acompañada de la consi-



guiente reducción salarial, conduce a pérdidas de competitividad no parece que pueda mantenerse con mucho rigor si nos atenemos a las evidencias empíricas disponibles. Francia es, quizás, el ejemplo más reciente que desmiente tales afirmaciones. En estos momentos, este país que ha sido el pionero de la introducción de la jornada de las 35 horas semanales está siendo -junto con Alemania- la locomotora de la economía europea. ¿Qué ha ocurrido en Francia con la puesta en marcha de la jornada semanal de 35 horas?, pues igual que los precios son señales que emite el mercado para que se ajuste el comportamiento de los agentes económicos, la regulación de la jornada en Francia es probable que haya servido como incentivo para que los empresarios introduzcan mejoras en la organización de la producción y sean más eficientes. En definitiva, es muy posible que la ley francesa de reducción de la jornada laboral haya sido un revulsivo para la innovación tecnológica, que de otra forma se hubiese retrasado.

El regreso del trabajo infantil

Lo realmente preocupante con respecto a la Nueva Economía es que parece que se pretenden ignorar ciertas cuestiones que nos retornan a un pasado que creíamos desaparecido para siempre. Como nos recuerda Anthony Giddens, esta vuelta a los tiempos de los abuelos en un mundo desbocado por los efectos de la globalización y el avance tecnológico se traduce en que actualmente -según la Organización Internacional del Trabajo (OIT)- trabajan en el mundo más 250 millones de niños soportando largas y penosas jornadas, que en muchas ocasiones se realizan en condiciones de esclavitud. Ante situaciones como esta, es indecente que los ingresos que la multinacional deportiva Nike abona a Michel Jordan por derechos de imagen sea equivalente al salario de 22.000 trabajadores asiáticos. Claro que ello es posible gracias, entre otras cosas, a que los balones que se venden con la marca Nike los hacen los niños en Pakistán con salarios irrisorios. Normalmente, en nuestros análisis habituales ignoramos este tipo de problemas porque nos centramos en las visiones defensivas de nuestras respectivas economías nacionales.



El cuarteto de Mozart y los servicios

Otro tema que últimamente me preocupa bastante son las cuestiones relacionadas con la evolución que están experimentando ciertas ramas de servicios como consecuencia de la introducción creciente de las nuevas tecnologías de la información y de las telecomunicaciones. Para tratar de explicar esta cuestión voy a utilizar un ejemplo tomado de uno de los más grandes personajes del pensamiento económico y de la cultura humanística, me estoy refiriendo a William J. Baumol. A partir de un encargo que le realizó la fundación Rockefeller en los años sesenta sobre los aspectos económicos de las actividades artísticas, Baumol generó un modelo que le permitió explicar el bienestar.

El significado originario del modelo de Baumol parte de la constatación de que las manifestaciones artísticas en directo -por tanto, no las reproducciones en cine ni en televisión- no son aptas para la aplicación de cambios técnicos relevantes que aumenten la productividad. Un cuarteto de Mozart, con un tiempo de ejecución de media hora, que en el siglo XVIII requería dos horas-hombre de ejecución, requiere exactamente la misma cantidad de tiempo en la actualidad.

Entretanto, en casi todas las actividades económicas la productividad ha crecido de manera exponencial, acumulando un enorme diferencial. Sin embargo, en la medida en la que los salarios del sector artístico están relacionados con la evolución del resto de la economía, se puede afirmar que el coste por espectáculo en dicho sector debe crecer continuamente a una tasa más alta que la que registran los demás sectores.

Como señala Baumol, en la actualidad una hora de trabajo produce cien veces más relojes que en la época de Mozart, pero una hora de arpegio produce lo mismo que cuando aquél estaba vivo: lo que significa que un concierto de Mozart cuesta cien veces más relojes que en el siglo XVIII.

El ejemplo de Baumol significa que si los salarios en el sector servicios estuvieran ligados a la productividad, los salarios de



los músicos tendrían que tener un nivel miserable comparado con el de los obreros industriales. Resulta bastante obvio que los salarios en los servicios han aumentado históricamente arrastrados por los salarios del sector industrial.

Sin embargo, la introducción de las nuevas tecnologías de la información y las telecomunicaciones en las distintas ramas de servicios aumentará de forma espectacular la productividad de estas actividades a través de la automatización de ciertas tareas mentales repetitivas -la banca electrónica es un ejemplo- y la replicación o retransmisión de muchas actividades: antes la actuación del cuarteto de Mozart sólo podía ser escuchada por los espectadores que se encontraban en el teatro, hoy lo pueden oír en todo el mundo a través de las retransmisiones. Algo similar comienza a ocurrir con la enseñanza presencial y la formación a distancia.

En definitiva, las tecnologías de la información y la comunicación están permitiendo generalizar la replicación de las prestaciones de servicios, lo que está haciendo posible su abaratamiento.

Esta es una revolución sobre la que no podemos imaginar hasta dónde va a llegar. Las tareas tradicionales en la banca están reconvirtiéndose radicalmente: la mayoría son realizadas por redes de ordenadores. Así pues, los procesos de sustitución no se circunscriben al esfuerzo físico de caballos por los tractores en la agricultura, o a los obreros de las cadenas de producción por los robots.

Estamos en el camino de sustituir una parte creciente de las actividades que realiza la mente humana por tecnología. En la actualidad ya es posible hacer diagnósticos médicos a distancia, intervenciones quirúrgicas a través de la red, e incluso la propia enseñanza se está desarrollando cada vez más mediante esta vía. Los mercados locales de servicios protegidos de la competencia exterior están desapareciendo.

Todo ello está dando lugar a escenarios económicos y sociales totalmente distintos a lo hasta ahora conocido.

El binomio de las RTT

Respecto al tema de la jornada laboral interesa matizar alguna cuestión importante. Se trata de lo que se ha venido en llamar el binomio de las RTT. Por un lado, tenemos la Reducción del Tiempo de Trabajo (RTT), que representaría las aspiraciones de los trabajadores y, por otro, la Reordenación del Tiempo de Trabajo (RTT), que recogería las preferencias de una mayor flexibilidad de los empresarios. Partiendo, por ejemplo, de una jornada semanal media de 40 horas, un empresario puede aceptar negociar una reducción de dos horas a cambio de que en se le permita disponer libremente de dos horas para responder a los cambios de la demanda de los productos de su empresa. Por la senda de tales intercambios van a encaminarse muchas de las negociaciones de la reducción de jornada, tal como ya ha ocurrido en países como Alemania.

Los ciclos vitales y la jubilación

En los últimos tiempos estamos asistiendo a propuestas que tratan de retrasar la edad de jubilación hasta los 70 años, siendo lo más preocupante que ante proposiciones como estas nos quedemos tan tranquilos.

La reivindicación de disponer de un mayor tiempo de ocio para poder decidir con más libertad en que empleamos nuestro tiempo vital es coherente con un mundo en donde el avance tecnológico se está produciendo sin precedentes.

En mi opinión deberíamos avanzar precisamente en la dirección contraria, tratando de mejorar nuestro nivel de bienestar a lo largo de los tres ciclos más importantes de la vida del ser humano.

El primer ciclo -que sería la etapa de la juventud y de la formación- debería tender a alargarse, mientras que el segundo ciclo, el del trabajo obligatorio para poder sobrevivir, debería reducirse a lo mínimo indispensable. El tercer ciclo, el de la jubilación, deberíamos alargarlo y disfrutarlo lo más posible, para eso es el último de una vida que solo se vive una vez.



Esta reivindicación de disponer de un mayor tiempo de ocio para poder decidir con más libertad en que empleamos nuestro tiempo vital es coherente con un mundo en donde el avance tecnológico se está produciendo sin precedentes. Frente a ello, cada vez escuchamos propuestas en las que, a pesar de los avances espectaculares de la tecnología, se nos trata de convencer de que hay que trabajar más horas, por menos salarios, con más incertidumbre y, para rematar -en esta nueva ola de la economía como ciencia lúgubre-, se nos aconseja de que también hay que ahorrar porque el día de mañana es muy posible que quiebre el sistema público de pensiones.

Además de todo este recetario del más puro estilo de vida ejemplar y para hacer posible el mantenimiento del sistema, también deberíamos ser capaces de hacer un esfuerzo adicional, posiblemente a costa de nuestra salud y seguridad, para lograr mayores ingresos que nos permitan mantener nuestra demanda de bienes de consumo duradero (automóviles, electrodomésticos, vivienda, etc.) que es el pilar sobre el que sustenta gran parte del desarrollo del capitalismo en las sociedades avanzadas, ya que, de lo contrario, caerá bajo nuestra responsabilidad la próxima crisis del sistema. Ante propuestas de este tenor, no cabe más que decir que cada vez más nos encontramos ante una continua y profunda contradicción entre lo que nos piden que debemos aportar al sistema y lo que ese mismo sistema nos promete devolver .

Cada vez estoy más convencido de que debemos darle la vuelta a ese discurso lúgubre sobre la base del crecimiento de la productividad y su posterior distribución. Precisamente con respecto a la productividad y a la edad de la jubilación, deberíamos aplicar un poco de sentido común, pues no parece ninguna herejía afirmar que cuando uno es joven se tiende a ser más productivo, especialmente en épocas como la actual donde el cambio tecnológico convierte en analfabetos funcionales a muchos de los trabajadores y profesionales de más edad.

Por tanto, hay que intentar forzar a que los jóvenes se incorporen con más intensidad al mercado de trabajo, aprovechando al máximo su capacidad de esfuerzo productivo y permitiendo

que los trabajadores de más edad puedan disfrutar del merecido descanso.

Sin embargo, parece que hemos abandonado definitivamente aquellas reivindicaciones del mayo del 68 en las que pretendíamos invertir el tiempo entre trabajo y ocio, pasando éste último a ser el elemento central de nuestro tiempo vital. No podemos consentir que esta sociedad regrese de nuevo a la incertidumbre que presidía la vida de nuestros abuelos, puesto que estamos avanzando hacia esa incertidumbre por la vía de los trabajos temporales, la falta de garantías de una pensión digna y la menor cobertura de riesgos por parte de la sanidad pública.

El Estado de Bienestar en la Unión Europea

Cuando se habla de la conveniencia de implantar sin más el modelo norteamericano de la Nueva Economía en el continente europeo habría que precisar algunas cuestiones importante en términos de elección de ventajas y desventajas. Me voy a referir únicamente a una cuestión relacionada con la cohesión social. A este respecto, debe tenerse muy presente que en los Estados Unidos el número de homicidios por diez mil varones se eleva a casi 12, mientras que en la Unión Europea este indicador es inferior a 2. Por tanto, cuando se señala que en los Estados Unidos la tasa de paro es del 4%, hay que añadir los correspondientes índices de violencia y de descohesión social. Así pues, sepamos que existe un modelo europeo con un mayor nivel de cohesión social frente al modelo americano.

Dicho esto, en términos estrictos, el modelo social europeo como tal no existe, pues si entramos en matices -y esto también debe ser objeto de reflexión-, en estos momentos nos encontramos en un momento crucial de la construcción política europea. Después de la introducción del Euro como moneda única europea, habrá que decidir si damos un paso más hacia la unión política, o bien nos quedamos estancados en una mera zona de librecambio con una moneda única y en la que se intentará ampliar el tamaño del mercado con la incorporación de los países del Este de Europa. Así pues, hemos alcanzado un objetivo importante como es la moneda única, pero es muy



probable que en mucho tiempo no tengamos un modelo de seguridad social único, ni un sistema fiscal único.

La presión fiscal y el gasto social

Y algunas cosas como éstas no son objeto de debate. Por ejemplo, en España estamos reduciendo los impuestos directos con lo que ello significa de reparto de la carga fiscal. En todo caso hay que recordar que nuestra presión fiscal se sitúa a 6 puntos de la media comunitaria. Y en este campo no suelen existir milagros, pues si queremos tener menor presión fiscal tendremos menos Estado de Bienestar o de peor calidad.

Por otra parte, no hay que ligar la presión fiscal con la falta de eficiencia y competitividad de una economía, puesto que el país de la Unión Europea con mayor presión fiscal es Dinamarca y, sin embargo, este país tiene una probada eficiencia económica y en él se localizan numerosas empresas que son líderes en su industria a nivel mundial. Por tanto, no se puede hacer esa lectura de que más impuestos es igual a menos eficiencia económica. Estamos hablando de tasas de presión fiscal del 55% en el caso de Dinamarca, mientras que nuestro país se encuentra muy lejos de esos niveles y el margen puede ser aprovechado para realizar avances significativos en el Estado de Bienestar .

Por otro lado, una cuestión es la presión fiscal y otra el reparto de la carga de esa presión fiscal. Así por ejemplo, las sucesivas subidas del precio de la gasolina a las que estamos asistiendo en los últimos tiempos están teniendo un impacto significativo sobre la renta de la mayoría de los ciudadanos y sobre la presión fiscal. Sin embargo, a personajes como el señor Botín esta cuestión ni le preocupe, pues a los ciudadanos de rentas elevadas le interesa que la carga fiscal se financie de forma creciente con los impuestos indirectos que no tienen en cuenta la capacidad de pago del contribuyente.

Si se acepta esta tendencia habremos perdido la bandera de la redistribución de la renta a través de los impuestos directos, que es probablemente el modo de redistribución más progresista que han inventado los sistemas democráticos de econo-

mía social de mercado. Por lo tanto, no solamente es importante conocer cuanto se paga por impuestos, sino también quiénes y cómo se paga. Y cada vez más estamos tendiendo a que el reparto de la carga fiscal sea más injusto.

Por tanto, si queremos una Unión Europea cada vez más cohesionada y unida, deberíamos avanzar bastante más deprisa que hasta ahora en las cuestiones relacionadas con la armonización fiscal y con el nivel de las prestaciones sociales. Los ejemplos de la implantación de la ecotasa y la armonización de los tipos impositivos del IVA no deja mucho sitio para la esperanza.

En materia de gasto en protección social, una vez más, España, Portugal y Grecia se sitúan a la cola de la Unión Europea, mientras que, por el contrario, los países nórdicos se encuentran a la cabeza. Por otra parte, Holanda es el país con más productividad por ocupado de la Unión Europea, situándose en niveles muy próximos a los de los Estados Unidos y, sin embargo, un tercio de su población ocupada está empleada a tiempo parcial. La situación especial del mercado de trabajo holandés es posible gracias a que este país tiene un sistema de protección social que compensa las situaciones de menores ingresos que se derivan de un empleo a tiempo parcial. Así, Holanda, junto con Finlandia y Suecia, son los países de la Unión Europea que tienen mayores niveles de gasto social en relación al Producto Interior Bruto (PIB).

Por tanto, sobre la base de la evidencia empírica se puede afirmar que no es cierta la identidad -que se maneja en muchas ocasiones- de que un mayor gasto social se identifica con mayor ineficiencia económica. Las estadísticas de los países nórdicos demuestran que eso no tiene porqué ser inevitablemente

.....
Si queremos una Unión Europea cada vez más cohesionada y unida, deberíamos avanzar bastante más deprisa que hasta ahora en las cuestiones relacionadas con la armonización fiscal y con el nivel de las prestaciones sociales.



así. En lo que se refiere al gasto en protección por desempleo -y continuando con el ejemplo de Holanda-, éste es el país que actualmente gasta más en protección por desempleo de toda la Unión Europea y, sin embargo, es el que tiene una menor tasa de paro, si exceptuamos Luxemburgo. Así pues, tampoco se puede equiparar el gasto en protección por desempleo con mayores tasas de paro. La realidad comunitaria en materia de mercado de trabajo y protección social resulta mucho más compleja y variada de lo que algunos pretenden convencernos.

El voto de los mercados

Un argumento que se viene utilizando cada vez más para constreñir los márgenes de las políticas económicas de los diferentes países es el de que son los mercados financieros los que con su reacción determinan la bondad o maldad de una determinada medida.

Sin embargo, habría que afirmar con claridad que las reacciones de los mercados no pueden constituir de ninguna manera un sustituto del voto de los ciudadanos, ni pueden ser una vía para imponernos las políticas a seguir. Con este tipo de actitudes, los ciudadanos estamos perdiendo una parte de las libertades del sistema democrático que tantos esfuerzos y sacrificios necesitó a lo largo de la historia para su implantación plena en nuestras sociedades. Sin embargo, cada vez más los mercados imponen su ley en el mundo y resignarse a ello es el camino más directo hacia la deserción cívica y el individualismo. Deberíamos ser capaces de buscar discursos alternativos a este preocupante fundamentalismo económico.

Las prestaciones sociales y las pensiones

Otro aspecto sobre el que quiero hacer algún comentario es sobre las pensiones. Sin entrar en otras consideraciones, debería dejarse claro que para garantizar el futuro del sistema público de pensiones hay que cambiar desde ya el modelo de su financiación. En vez de gastar nuestro tiempo en discutir cuando quebrará el sistema público de pensiones -lo que además de generar una gran intranquilidad en el colectivo de pensionistas,



es la mejor publicidad gratuita para los fondos de pensiones privados- la izquierda debería elaborar y proponer una alternativa autónoma en esta materia.

En este sentido, si prevemos que cada vez más la mano de obra cotizante va ser inferior al número de pensionistas, la financiación complementaria del sistema debería canalizarse a través del impuesto general sobre la renta, o vía el impuesto sobre sociedades, tal como ocurre desde hace tiempo en Dinamarca. En todo caso, el disfrute de una pensión digna de carácter público es un derecho que debería estar por encima de cualquier razón económica. En este asunto la izquierda debería ser radical distanciándose de otros discursos.

Además de esta cuestión de las pensiones, otro tema fundamental que debería ocupar las propuestas de la izquierda europea es la implantación del derecho a una renta mínima garantizada en toda la Unión Europea. Este tipo de derechos sociales básicos para los ciudadanos comunitarios deberían constituir un objetivo irrenunciable de la izquierda europea. Si a esto se une la mayor disponibilidad de tiempo libre -que se comentó anteriormente-, tendríamos los ejes sobre los que pivotar toda una política fiscal y de protección social a escala comunitaria.

La libertad de movimientos de capitales, los fondos de pensiones y el dumping social

Sobre las pensiones se puede hacer el razonamiento que se describe a continuación. De forma reiterada -a través de multitud de sesudos informes y de declaraciones de calificados expertos-, se nos está diciendo que el sistema de pensiones públicas está en el camino de la quiebra. Este tipo de señales propicia el que la gente ahorre más para cubrir los riesgos de su jubilación acudiendo a los fondos privados de pensiones. Sin embargo, normalmente no reflexionamos sobre los posibles efectos que se derivan de poner nuestro ahorro en manos de los fondos privados de pensiones, los cuales, por otra parte, están vinculados en su gran mayoría con las distintas entidades financieras.



Los fondos de pensiones ponen nuestros ahorros en manos de gestores especializados que los invierten en el mercado internacional de capitales buscando aquellos destinos en los que la rentabilidad del capital sea lo más alta posible, lo que normalmente suele coincidir con aquellas actividades en las que el coste del trabajo es relativamente barato. Normalmente una parte de las inversiones de los fondos de pensiones acaban desplazándose hacia ciertos países en vías de desarrollo o de reciente industrialización, tales como Corea del Sur u otros países emergentes del Sudeste Asiático. Con ello, cada vez más estamos practicando una especie de automasquismo económico, a saber, ahorramos para tener el día de mañana garantizado -si el fondo privado no quiebra como consecuencia, por ejemplo, de una mala inversión- el derecho a una pensión y, sin embargo, puede ocurrir que el objetivo de maximizar la rentabilidad de la inversión de los fondos de pensiones terminen financiando puestos de trabajo en países que al tener bajos costes laborales acaben -por la vía del dumping social- eliminando nuestro propio empleo o el de nuestro vecino. En definitiva, es posible que estemos financiando con nuestro propio ahorro la competencia desigual y el dumping social.

El derecho a la formación a lo largo de la vida

En un mundo en el que la tecnología rejuvenece continuamente y las cualificaciones profesionales envejecen rápidamente, deberíamos reivindicar el derecho a la formación continua a lo largo de toda nuestra vida laboral. Así pues, esta debe de ser una medida que debería incorporarse en los próximos años a la carta de derechos sociales fundamentales de los ciudadanos europeos.

Consideraciones finales

Por último, cabría señalar que otras muchas cuestiones que afectan a nuestro trabajo y a nuestra vida cotidiana tendrían que ser incorporadas a nuestros debates y propuestas. Esto solo será posible si en los próximos años somos capaces de abandonar las discusiones políticas y económicas regionales y



nacionales y participamos activamente en el diseño de un proyecto político para la Unión Europea.

En la actualidad, cualquier visión sindical o política que esté centrada únicamente en el marco nacional está condenada al fracaso, puesto que las respuestas económicas aisladas solo conducen a una pérdida de competitividad frente al exterior y a la posterior reducción del bienestar de los ciudadanos. En resumen, estamos ante un cambio tecnológico revolucionario que está alterando de forma profunda las relaciones de producción y cambiando las instituciones, las relaciones sociales, el marco jurídico, etc., y la izquierda debería ser capaz de elaborar propuestas o alternativas nuevas para hacer frente a todo este tipo de cambios. Además, hay que señalar que -en estos momentos- los proyectos políticos de izquierdas sólo tienen posibilidades de avanzar si se plantean en un marco supranacional y, como mínimo, en el marco político europeo. Sin embargo, resulta curioso observar que son partidos de centro y de centroizquierda los que están intentando importar el modelo norteamericano a la Unión Europea.

Al margen de las consideraciones que se puedan hacer sobre su pensamiento y su trayectoria vital, quiero concluir esta intervención recordando una frase de Ernesto Che Guevara que es bastante adecuada para contraponer a esta época de culto al centrismo político y económico: "Di lo que piensas y haz lo que dices". Creo que en muchas ocasiones nos falta coherencia para intentar trasladar lo que pensamos a nuestras posturas políticas, personales y profesionales.

JESÚS ARANGO FERNÁNDEZ

Nacido en Los Cabos de Pravia (Asturias) en 1947. Licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad Complutense de Madrid. Doctor en Economía por la Universidad de Oviedo con Premio Extraordinario. Es Profesor de Economía Aplicada de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Oviedo

Miembro del Patronato de la Fundación Largo Caballero, y de la Junta Directiva del Foro Asturiano de las Telecomunicaciones y los Servicios de Información (FATSI). Es mediador de la Fundación Servicio Interconfederal de Mediación y Arbitraje (SIMA), miembro del Consejo de Redacción de la Revista Asturiana de Economía (RAE), y de la Junta Directiva de la Asociación Asturiana de Ciencia Regional

Economista de la Sociedad Asturiana de Estudios Económicos e Industriales (SADEI) ha sido Consejero de Agricultura y Pesca del Principado de Asturias, Diputado de la Junta General del Principado de Asturias, miembro del Consejo de Administración y de la Comisión Ejecutiva de la Caja de Ahorros de Asturias, Vicepresidente de la Sociedad Asturiana de Estudios Económicos e Industriales (SADEI), Presidente del Instituto Nacional para la Reforma y el Desarrollo Agrario (IRYDA), Secretario General de Estructuras Agrarias del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Presidente de la Comisión Nacional de Agricultura de Montaña, Secretario General de Empleo y Relaciones Laborales del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, miembro del Comité Permanente de Empleo de las Comunidades Europeas, Vicepresidente Primero del Consejo General de Formación, Presidente del Consejo General del Instituto Nacional de Fomento de la Economía Social (INFES), presidente del Consejo General del Instituto Nacional de Empleo (INEM), presidente del Consejo General del Instituto Nacional de Seguridad e Higiene en el Trabajo (INSHT) y miembro de los Consejos de Administración de distintas empresas.

Miembro del Patronato de la Fundación Formación y Tecnología y miembro del Comité Científico de la Fundación para el Desarrollo de la Función Social de las Comunicaciones (FUNDESCO)

Es autor de numerosos trabajos publicados en forma de libros y artículos en revistas científicas, así como de multitud de comunicaciones y ponencias presentadas en congresos de economía. Ha impartido conferencias y dirigido cursos y seminarios en multitud de foros y Universidades españolas y latinoamericanas.